

El conocimiento científico y el saber práctico en la sociología pragmática francesa

Reflexiones sobre la sociología de la ciencia de Bruno Latour y la sociología política de Luc Boltanski*

GABRIEL NARDACCHIONE**

La sociología pragmática irrumpe en el paisaje de las ciencias sociales francesas en la década de 1980. Una de sus aristas apunta a profundizar la simetría entre el conocimiento científico y el saber práctico u ordinario. En este sentido, y dentro del marco de una apertura de la sociología francesa al pensamiento anglosajón, recibe influencias tanto de la etnometodología como del pragmatismo americano. Este artículo se orienta a sistematizar la manera en que la sociología pragmática pretende coordinar ambos tipos de conocimientos o saberes. Para ello, tendremos en cuenta a sus padres fundadores: B.Latour y L.Boltanski. El primero realiza sus trabajos originarios en el marco de la sociología de las ciencias, fuertemente influenciada por dicho mundo anglosajón. El segundo lo hace en el marco de una sociología política, más clásica en lo que hace a las influencias de paradigmas extra-disciplinarios. A partir de ambos, realizaremos un estudio comparativo, de semejanzas y diferencias, con el fin de indagar acerca de los aportes de dicha corriente sobre el status del conocimiento en la práctica científica.

* A propósito de algunos trabajos de Bruno Latour y Luc Boltanski.

** Investigador del CONICET-UBA.

La teoría del conocimiento, desde la modernidad y bajo los presupuestos kantianos, tendió a escindir dos ámbitos autónomos: a) el conocimiento científico y b) el saber práctico. Esto implicaba una fuerte asimétrica donde se argüían la existencia dos tipos de racionalidad. Innumerables corrientes filosóficas cuestionaron esta distinción. Pero dentro del debate sociológico, un cuestionamiento radical a dichos presupuestos tuvo siempre una presencia marginal en la tradición clásica. Esto se debió, en parte, a las exigencias holísticas que E.Durkheim imponía a fines de siglo XIX, y que G.Tarde denunciaba con dureza. Como este último, numerosas corrientes quedaron fuera del *mainstream* sociológico. Este fue el caso de los trabajos pragmatistas orientados en tal sentido. No obstante, con el co-

rrer del siglo, algunas corrientes comenzaron a destacar la preeminencia del saber práctico para dilucidar algunos problemas socio-científicos. Entre ellos se destacaron la etnometodología y el interaccionismo, a menudo subvalorados por su alcance micro-sociológico. Todas estas corrientes van a nutrir a la sociología pragmática francesa. En términos de otras influencias, sólo debería agregarse a la fenomenología y al análisis del lenguaje, crucial a la hora de definir un *corpus* propio. Allí, su enfoque situacional va a sustentarse en las versiones pragmáticas más radicales, aquéllas que transformaron los discursos y sus sentidos, en actos de habla que performativamente producen eventos en el mundo.

Este artículo tiene tres partes. En cada una de ellas se utilizarán ejes conceptuales de la sociología pragmática para dar cuenta de nuestra problemática central. En ese marco, también se contrastarán los puntos de vista de B.Latour y L.Boltanski. En la primera parte se postulará una hipótesis de continuidad, a partir de la cual la sociología pragmática pretende romper numerosas *antinomia* clásicas de la sociología (individuo-colectivo, particular-general, micro-macro). En la segunda se utilizará la noción de simetría para mostrar algunos de los presupuestos metodológicos con que la sociología pragmática pretende no caer en *apriori* del observador con el cual se invisibilizan numerosas prácticas relevantes. Por último, se pondrá de relieve la noción de prueba para mostrar hasta que punto la acción depende fundamentalmente de las competencias de los actores en situación.

La hipótesis de continuidad

La hipótesis de continuidad es una de las piedras basales de la sociología pragmática. Lo que ella postula, en principio, es una ruptura con varias antinomias clásicas de las ciencias sociales: micro-macro, individual-colectivo, ideal-normativo etc. Retomando algunas de ellas, Boltanski (1990b) muestra cómo durante la creación de un *affaire*, o lo que es lo mismo, la generalización de un caso problemático, los denunciantes buscan desingularizarse para lograr una *status* general que vuelva legítima su denuncia. Thévenot (2006) muestra cómo los actores deben hacer referencia al mismo tiempo a factores ideales (principios de justicia) y reales (dispositivos encarnados en el mundo) para poder justificar correctamente. Ambos (Boltanski & Thévenot, 1991) afirman que no hay una separación entre lo micro y lo macro, que los actores están intentando coordinar permanentemente la situación local a un marco general, sea este

en términos normativo o simplemente reglamentario-jurídico. Pero en este artículo, nos interesa realzar la continuidad entre el saber científico y el saber práctico-ordinario. El vínculo se establece desde el momento en que ambos son actividades que definen un conocimiento sobre el mundo. En ese sentido, la sociología pragmática no postula ningún principio de jerarquía por parte del observador, sino que encuentra diversas modalidades de influencia mutua, tanto del saber científico sobre las prácticas como de las prácticas ordinarias sobre la elaboración del saber científico.

Existen varios ejes de continuidad. Empezaremos por los que postula Bruno Latour. Desde una apuesta por una sociología de las asociaciones, propone dos tipos de continuidad: a) ciencia-sociedad y b) ciencia-política. Podría decirse que para el autor el conocimiento se sitúa a mitad de camino entre la sociedad y la política. Su apuesta es no sociologizar la sociedad ni despolitizar la ciencia. En otras palabras, para que exista sociedad hay que despejarla de *a priori* sociológicos que la vuelven consistente «antes de tiempo» y para que se entienda la ciencia realmente hay que mostrar la influencia de la política. Lo que propone Latour es moderar las ambiciones de la ciencia social. Apelando a la hipótesis de continuidad, por un lado, hay que documentar y resolver las controversias sobre lo social, por otro, hay que resolver la cuestión política. Es difícil atender ambas cuestiones a la vez sin confundir una tarea con otra (Latour, 2008). En relación a lo social, el sociólogo debe preguntarse permanentemente sobre los colectivos. Nunca debe presuponerlos por la razón que sea. El sociólogo debe escapar a la idea que la recolección se ha terminado. Debe verificar la existencia del colectivo y seguirlo en su proceso de formación. Sólo así, podrá verificar su actualidad, es decir, su existencia e influencia real, no pre-codificada. El autor intenta volver más acá de la clásica pregunta sociológica: «¿podemos vivir juntos?», imponiendo una pregunta más modesta: «¿cuántos somos?» (Latour, 2008). El razonamiento inverso para la relación ciencia y política. Hay que unir la ciencia a la política para que no se «vea doble». Una de las grandes divisiones modernas fue la separación entre ciencia y política (Latour, 1991a). Así la ciencia se encargaba de los saberes puros (principalmente ocupada de descubrir las leyes naturales), mientras que la política se haría cargo de una tarea impura: las relaciones entre los humanos y la construcción de un orden de convivencia. Esta separación propedéutica acentuó una distinción formal que no era tal en la realidad. Latour (1995) afirma que no existe distinción entre una ciencia desinteresada y una ac-

ción política comprometida, por el contrario hay influencia política en la tarea del científico, desde la misma recolección de los datos. Según el autor, «verdadero» no significa nada, la adquisición de la fuerza viene desde el laboratorio. Las ciencias no son frías, objetivas, aburridas y rigurosas, sino desordenadas, violentas, interesadas, salvajes y míticas (Latour, 2001b). Esto lo demuestra, paso a paso, en la imposición político y social de los descubrimientos científicos de Pasteur que revolucionaron el orden de la sociedad de masas (Latour, 2001a).

Boltanski, desde la conformación de una sociología política y moral, propone dos tipos de continuidad: a) competencia cognitiva-competencia moral ordinaria y b) saberes globales o abstractos y saberes locales o inscriptos. En relación a la primera continuidad, el autor (2002) plantea que para la justificación de un orden, los argumentos que podrían llamarse técnicos no son autónomos, sino que deben articularse en argumentos de bien común que tengan anclaje en las experiencias ordinarias de los seres. Así, el denominado nuevo espíritu del capitalismo no es sólo una serie de argumentos persuasivos de la ciencia económica, sino fundamentalmente un experiencia moral de la vida cotidiana. Lo mismo ocurre con el ajuste a diversas situaciones o regímenes de acción (Boltanski, 1990a). La capacidad de los actores para actuar «normalmente» implica un conjunto de saberes que no son solamente cognitivos, sino ligados a un juicio práctico de la situación. Por ello, para ajustarse a dichas situaciones se deben articular competencias cognitivas y político-prácticas (Chateauraynaud, 1999). Por otra parte, frente a los mismos marcos de situación recién planteados, los actores deben desarrollar saberes generales y saberes locales. En términos pragmáticos, deben desarrollar capacidades para probar criterios generales y capacidades para probar situaciones inscriptas. La continuidad idealismo-realismo, da cuenta de actores que pueden enarbolar tanto argumentos de justicia o de racionalidad universales, como dar cuenta de situaciones concretas donde ciertos dispositivos locales están siendo distorsionados (Boltanski & Thévenot, 1991). La coherencia de la prueba se basa en articular ambos extremos, es decir, que los principios denunciados tengan correlación con los dispositivos distorsionados.

En síntesis, la sociología pragmática propone una continuidad entre el saber científico y el saber práctico. En un caso, se realizan diversas modalidades de agrupamiento colectivo o de alianzas políticas, y en

el otro, se destaca tanto el anclaje ordinario de las experiencias morales como su inscripción situada o local. Pero en ambos, asistimos a una desjerarquización de la ciencia como ámbito de conocimiento autónomo.

Simetrías

El concepto de simetría, al margen de su alcance político, antropológico y/o sociológico, dentro de la sociología pragmática, es fundamentalmente un *a priori* metodológico. Básicamente restringe la autonomía del observador sobre su objeto de estudio. El principio de «seguir a los actores» (Callon, 1986), de no precipitar razonamientos o causalidades que explicarían un conjunto o serie de acciones, se profundiza con la noción de simetría. No se debe jerarquizar nada en el análisis de un proceso, ni un evento ni un conjunto de actores, hay que observar lo que allí se está produciendo. No hay que presuponer verdades de *mainstream*, ni discursos supuestamente marginales. La construcción del evento o del colectivo se nutre de una infinidad de actores, discursos e intervenciones que hay que permanentemente actualizar (Latour, 2008). Como antecedente de este equívoco epistemológico, Latour (1991a) plantea que la modernidad elaboró dos grandes divisiones artificiales: a) interna y b) externa. La primera separó la naturaleza de la sociedad, quedando, de un lado, leyes inmovibles y, del otro, el cambio y la acción. Su réplica es la oposición humanos-no humanos, la cual distingue la acción reflexiva del gobierno mudo de ciertas leyes del universo. Esta separación dio lugar a una división del trabajo: el hombre desarrollando su conocimiento racional sobre la naturaleza. Por su parte, la segunda división distingue las ciencias formales de las etno-ciencias o saberes impuros, cristalizando así la exportación de un modelo de ciencia y jerarquizándolo por sobre otras modalidades. Esta segunda división consume la separación de un «nosotros» y un «ellos» planetario, pero que no es sino el fruto de la primera división. En otras palabras, la división externa sólo se explica por y a partir de la división interna. Ambas son construcciones artificiales que permitieron «purificar» un campo y proyectar un modelo de desarrollo y de expansión a gran escala. A partir de estas divisiones, surgirán dos versiones del principio de simetría: i) restringida y ii) generalizada.

Según Latour (1991a), el principio de simetría es el estudio de las causas de los vencedores y de los vencidos, del éxito y del fracaso. Dado que la naturaleza no explica ni lo falso ni lo verdadero, es la

sociedad quien debe explicarlo. Esto es lo que tiene que develar la sociología: de qué manera se explica lo falso y lo verdadero. Latour (1995), desde sus primeros trabajos de sociología de la ciencia, retomó parte del programa fuerte de D. Bloor (1997), específicamente la noción de simetría. Desde allí, postula que dicho principio tiene que reequilibrar los puntos de vista sobre lo verdadero y lo falso. Fundamentalmente se trata de no jerarquizar *a priori* fundamentos ontológicos y epistemológicos de la ciencia racionalista moderna, descalificando o invisibilizando otras modalidades. Pero este planteo de simetría, Latour (1991a) lo va a extender a otras dos dimensiones a menudo no tenidas en cuenta por la sociología: a) humanos-no humanos, y b) saberes puros-etnociencias. La primera intenta equilibrar la influencia de los humanos y de los no-humanos sobre la acción social. Tanto su obra como la de Callon son un breviarío de análisis sobre la incidencia de los objetos y de los dispositivos sobre la formación de los eventos sociales. La segunda intenta equilibrar la jerarquía de los conocimientos legitimados por la ciencia con aquéllos que se encuentran fuera de sus fronteras. Los saberes excluidos sufren lo que Latour denominó «traducción» (2001b). Esta es una forma de decir de otra manera, es decir una imposición de una sumatoria de aliados que («punto por punto») explican la realidad a su manera, expulsando sistemáticamente cualquier otro tipo de explicación. Según Latour (1992) no existe un criterio de verdad o falsedad por sobre la relación de fuerzas. La acusación de irracionalidad, no es más que una prueba de la creación de una red antagonista. Para ello, es necesario tratar simétricamente la disputa racionalidad-irracionalidad. Por ello, su metodología de análisis de lo social debe alimentarse de controversias y tratarlas simétricamente, es decir despojándolas de todo presupuesto sobre cada uno de las intervenciones de sus participantes (2008).

Por su parte, Boltanski (1990a) dentro del marco de «seguir a los actores» también recupera el concepto de simetría. Más moderadamente, propone principalmente dos dimensiones que se ligan a su propuesta de sociología política y moral: a) corrección e incorrección gramatical y b) humanos-no humanos. La primera es la más importante y apunta a tratar simétricamente los argumentos y las pruebas de los actores. La base de su teoría de la *montée en généralité* supone que la mayoría de los actores que buscan reforzar la legitimidad de sus pretensiones apuntan a ser juzgados como «normales», es decir cumplir con ciertos criterios de justicia que se ligan a la situación de disputa (1990b). En ese mismo trabajo, el autor trata sistemáticamente de

manera simétrica a aquéllos que son juzgados como normales y a los que son juzgados como anormales, en otras palabras, a aquéllos que cumplen con los requisitos gramaticales que definen la situación de acción y aquéllos que actúan incorrectamente, no ateniéndose a dichos principios. Toma dos polaridades de análisis (singular-colectivo y proximidad-alteridad) y en cada caso observa cómo son juzgadas las denuncias de los actores. En algunos casos serán reconocidas como legítimas (normales) y en otras caerán en un cono de sospecha o de excepcionalidad (anormales). El modelo de construcción de *affaires*, que tan fructífero resultó para el análisis de casos de materia política, seguía ineluctablemente esta deriva. La segunda dimensión apunta a una simetría entre las personas y las cosas (Boltanski & Thévenot, 1991). Aquí vale la pena detenerse y tratar en detalle el planteo para juzgar su alcance. Por un lado, buena parte de la novedad de su argumento para el análisis de las disputas argumentativas reside en su anclaje real y/o situacional. A diferencia del planteo habermasiano, centrado en una analítica del lenguaje, Boltanski (1991) fusiona la retórica argumentativa (ligada a principios de justicia plurales) a una inscripción en el mundo real. Toda vez que alguien argumenta, debe estar dando pruebas de realidad de lo que dice, es decir apelando a dispositivos (tácitos o explícitos) que ordenan la situación. Cada situación está siempre definida por una multitud de objetos puestos en serie (ordenados sistemáticamente) que la vuelven inteligible. En consecuencia, es necesario tener en cuenta de manera simétrica la influencia de los actores y de las cosas. Pues, así como las personas son seres metafísicos que pueden argumentar según principios ideales, las cosas tienen un apego a la situación que le otorga su anclaje, volviéndose prueba de realidad de toda disputa argumentativa abstracta. Pero por otro lado, Boltanski (1990a) es reacio ofrecerle autonomía a dichas «cosas». La simetría a la que hicimos referencia no le disputa la autonomía de acción a las personas. Aún ayudados por dispositivos «desajustados», son los colectivos humanos los que emprenden la crítica y realizan la difícil tarea de la prueba. Por último, como define Dodier (1993), dichas cosas pueden ser dispositivos, disposiciones reglamentarias y hasta incluso objetos puestos en el mundo bajo cierta configuración. Pero en ningún caso se trata de objetos que se encuentran allí en el mundo al margen de los humanos. Es dentro de un contexto definido por los humanos que las cosas cobran sentido. En otros términos, las cosas son artificios humanos dentro de lo no-humano, nunca objetos que cobran agencia para intervenir autónomamente sobre el mundo humano.

Para concluir, se puede ver claramente que mientras Latour promueve una simetría radical o generalizada, Boltanski propone una simetría restringida (Nachi, 2006). Mientras el primero extiende el tratamiento simétrico a los no-humanos y a las etnociencias o a los saberes impuros, el segundo propone una versión gramático-moral del tratamiento simétrico sobre la verdad-falsedad de las argumentaciones públicas. No obstante, en ambos casos, el *a priori* metodológico en favor de la simetría supone una articulación entre el saber científico y el saber práctico. Como programa de estudio, sus fronteras se extienden más allá de la influencia de la subjetividad, mostrando algunas de sus antinomias y sus cegueras. La mencionada pregunta sobre: «¿cuántos somos?», muestra que hay un espacio aún inabordable por la ciencias sociales en relación a la influencia de los objetos. Y que la colonización humana de la naturaleza (aún en todas sus versiones subjetivistas) es insuficiente para comprender ciertos acontecimientos sociales.

Las pruebas

El concepto de crítica es divisoria de aguas durante la renovación de la sociología francesa de los años ochenta. En un artículo ampliamente citado, Bénatouil (1999) definió la oposición entre la «sociología crítica» y la «sociología de la crítica». Más allá de las disputas entre la sociología heredera de Pierre Bourdieu y la sociología pragmática, nos interesa destacar un aspecto de esta última: la relación entre el observador y el objeto de estudio. Para el nuevo enfoque pragmático, la crítica deja de estar fundamentalmente en el observador y se traslada los actantes.¹ En otras palabras, la competencia para elaborar una crítica ya no es parte del punto de vista del observador sino de un arduo trabajo del actante. La sociología pragmática no desconoce las dificultades ni incluso ciertas cegueras de los actantes para desarrollar una crítica, sino que pone el foco analítico sobre la competencias que éstos desarrollan durante el proceso de elaboración de dicha crítica.

Para entender la crítica, en términos pragmáticos, hace falta introducir el concepto de prueba. Podría decirse que la prueba cumple la función de la acción en la sociología clásica, desde el giro comprensivista. Se desplaza la importancia del calculo estratégico o la referencia normativa (ambos referidos a una intención del agente), para priorizar el ajuste a la situación (en tanto adaptación a ciertas condiciones de la acción). De alguna forma, la prueba es la muestra de un acto que puede estar (o no) ajustado a la exigencia de una

¹ La noción de actante es otro de los conceptos que introduce la sociología pragmática aunque haya sido tomada de la semántica de Greimas. En nuestro caso, básicamente reemplaza a la noción de actor y refleja por lo menos dos tipos de innovación. Por un lado, el actante se integra a una trama narrativa dentro de la cual cobra sentido su acción. Y por otro, debajo de dicha noción pueden inscribirse una gran cantidad de entidades (Latour, 1994). Un actante puede ser una persona, un colectivo, una organización, un objeto, un relato, etc. En cualquier caso, estos usos se alejan de la clásica carnadura subjetiva (heredera de una filosofía de la conciencia) a través de la cual ha sido usada la noción de actor.

situación. Así, se pasa de una sociología del pasado y del futuro (trayectorias o planes) a una sociología del presente, o de las condiciones en las que los actores desarrollan sus pruebas. Allí entra en juego un factor clave: la indeterminación. No es posible garantizar el conocimiento del mundo porque todo el tiempo se están modificando las perspectivas sobre el mismo. Una vez más, esto no tiene que ver con los puntos de vista del observador, sino con las potenciales intervenciones práctico-interpretativas de los actantes. No es casual que el concepto de prueba se defina de manera reversible, es decir que pueda invertirse durante el mismo proceso. En términos históricos, la prueba puede ser de litigio o de orden (Boltanski & Thévenot, 1991), es decir puede ser una crítica contra el orden estatuido o puede ser la resistencia de cierto orden. Al mismo tiempo, en términos sustantivos, la prueba puede ser legítima o de fuerza (Boltanski & Chiappello, 2002), es decir puede hacer referencia a principios de justicia comunes o puede enfrentar directamente las capacidades para medirse de dos o más grupos. No obstante, y como punto de anclaje analítico, la prueba es la que reduce dicha incertidumbre del mundo, pues es la que busca la coherencia o la que permite clarificar las situaciones (Chateauraynaud, 1991). La prueba es la que crítica un orden desajustado (tanto normativamente como sobre su funcionamiento) o la que lo estabiliza a través de reforzar ciertos dispositivos. Latour (2008) utiliza la oposición entre sociologías pre-relativistas y sociologías relativistas para mostrar las diferencias entre aquéllas que ponen el foco en el estudio de la regularidades y aquéllas que tienen como punto de partida la incertidumbre.²

En términos metodológicos, el programa de la sociología pragmática invierte la complejidad de la tarea. El investigador debe tener una tarea modesta (Latour, 2001a). Por principio, dicha sociología afirma que los investigadores deben ser buenos relativistas, en el sentido de no precipitar causas universales para estudios locales, ni tampoco presuponer ensamblados (o colectivos) más allá de manifestaciones esporádicas (Latour, 2008). Dicho en términos de Callon (1986), «hay que seguir a los actores», sin presupuestos que los califiquen en ningún sentido, tanto en su identidad como en la veracidad de sus afirmaciones. Por su parte, Boltanski (1990a), aplica el mismo principio, tomándose en serio los argumentos con que los actantes disputan en el espacio público. Frente a las «teorías de la sospecha» que tienden a ubicar *a priori* los argumentos como máscaras de intereses encubiertos (Nachi, 2006), la sociología pragmática hace hincapié en la validez y eficacia de dicha montaje

2 Según Latour (2008) existen cinco fuentes de incertidumbre en las ciencias sociales: a) la naturaleza de los grupos: sus identidades contradictorias; b) la naturaleza de las acciones: agentes diversos y desplazamiento de sus objetivos originales; c) la naturaleza de los objetos: falta de límite entre diferentes agencias que participan de la interacción; d) la naturaleza de los hechos: relación difícil entre naturaleza y sociedad; y e) los tipos de estudios: no necesariamente empíricos.

argumentativo. En esa línea, la tarea del actante es difícil y esporádica (Boltanski, 1990b). Su complejidad debe ser reconstruida por el investigador sin prejuicios, pues el montaje de la prueba para enunciar la crítica es la piedra de toque de las transformaciones de las cosmovisiones de mundo.

Asumiendo este conjunto de presupuestos comunes, dentro de la sociología pragmática existen diferencias entre sus padres fundadores. Según Latour (2001b), los actantes, en primera instancia, buscan aliados que refuercen su posición. La producción de ensamblados o el incremento de aliados tiende a incrementar las capacidades (de fuerza) de los actantes. Esto a su vez refuerza su capacidad para traducir o para lograr adhesión discursiva, es decir para hablar en nombre de otros o para hacer hablar a otros en nombre de uno (Latour, 2001b). En síntesis, la prueba es una imposición de unos sobre otros, donde la fuerza de la adhesión construye retóricas o traducciones que refuerzan su capacidad para hablar y anulan las capacidades de otros. A diferencia de esta perspectiva antagónica, Boltanski & Thévenot (1991) sugieren que los actantes tienden a orientarse al acuerdo. Aún reconociendo la preeminencia lógica de la prueba de fuerza (Boltanski & Chiapello, 2002), donde los actantes deben desarrollar capacidades para medirse con otros de manera frontal, hay un sinnúmero de situaciones que están lo suficientemente equipadas como para que los actantes se orienten al acuerdo. Desde principios de justicia abstractos hasta criterios de regulación jurídica, los actantes usan esas referencias como marcos de interacción mediada (Boltanski, 1990b). En síntesis, Boltanski (1990a) va a proponer un equilibrio «situacional» entre instancias donde no existen relaciones de equivalencia, por ende donde se imponen las pruebas de fuerza, e instancias donde predominan las relaciones de equivalencia, *ergo* donde los actantes pueden componer pruebas legítimas que tienden a justificar su pretensión.

Volviendo al corazón del argumento, y más allá del acento sobre las pruebas de fuerza o las pruebas legítimas, ambos autores ponen el foco de análisis sobre las pruebas de los actantes en situación. En ese marco, se da preeminencia a las competencias prácticas (de juicio sobre la situación) de los actantes por sobre las competencias cognitivas del observador. A su vez, resulta más revelador analizar la capacidad de los actantes para adaptarse a la situación que interpretar acerca de las capacidades inherentes al agente (previas o adquiridas) que potencialmente pueden desarrollarse dentro de cierto

plan de acción. En términos de Latour (2001b) el observador debe analizar cómo los actantes saben habituarse «cada vez» durante la acción y cuál es el producto de ello. A su manera, Boltanski (1990a) plantea que más que poseer recursos o capacidades hay que saber entregarse a la situación, actuar con naturalidad, o lo que es lo mismo, comprender cuál es el criterio de normalidad que vuelve correcta la acción.

Conclusión

Este trabajo tenía como objetivo mostrar cómo la sociología pragmática tiende a buscar puentes entre el conocimiento científico y los saberes prácticos. Equilibrando dicha relación, se intentó responder: ¿cuál debe ser la distancia para que no se contaminen?, ¿cuándo puede sufrir influencia uno sobre el otro?, ¿de qué manera pueden contaminarse mutuamente?, entre otros interrogantes. Sintetizando, se podrían destacar dos expresiones que tipifican la actitud predominante en cada una de las dimensiones. En el ajuste con su objeto de estudio, el científico debería encontrar un punto intermedio entre el reposo de la observación y un compromiso con el ambiente que lo rodea. Lo mismo sucede para el ajuste de la acción a la situación, el actor debería actuar con naturalidad, teniendo capacidad para intervenir en mundo pero de una manera lável, dando lugar a la información que la situación provee.

Ambos saberes podrían tener capacidades para responder a un delicado equilibrio entre la actividad y la pasividad. Tener una mirada reposada sin desimplicarse del contexto de análisis y actuar sin dejar de lado la naturalidad que nos ofrece la situación. Para lograr ese ajuste parecería mejor, en muchos casos, no-hacer que hacer-de-más. Quizás sea hora de dejarse llevar por una inquietud sociológica sobre lo que «ya hay», sin descuidar una ética de la promoción de lo «quiere haber».

Bibliografía

- Bénatouil, Thomas (1999) «Critique et pragmatique en sociologie. Quelques principes de lecture» en *Annales*, Volumen 54, N° 2, Paris.
- Bloor, David (1997) «Le programme fort à l'épreuve de la mémoire», en *Enquête*, Vol.5, No.1, pp.55-68
- Boltanski, Luc & Eve Chiapello. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid : Akal.
- Boltanski, Luc & Laurent Thévenot. (1991). *De la justification. Les économies de la grandeur* (Coll. NRF essais). Mesnil-sur-l'Estrée : Gallimard.
- Boltanski, Luc. (1990a). «Ce dont les gens sont capables», en *L'amour et la justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*. Paris : Métailié.
- Boltanski, Luc. (1990b). «La dénonciation», en *L'amour et la justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*. Paris : Métailié.
- Boltanski, Luc. (2001). «Un nuevo régimen de justificación: la ciudad por proyecto», Conferencia en la Universidad de Columbia, mimeo.
- Callon, Michel. (1986). «Eléments pour une sociologie de la traduction. La domestication des coquilles Saint-Jacques et des marins-pêcheurs dans la baie de Saint-Brieuc». *Revue L'Année Sociologique*, vol. 36.
- Chateauraynaud, Francis. (1991). «Un cadre d'analyse de disputes. Propositions», in *La faute professionnelle : une sociologie des conflits de responsabilité*. Paris : Editions Métailié.
- Chateauraynaud, Francis & Torny Didier. (1999). *Les sombres précurseurs : une sociologie pragmatique de l'alerte et du risque*. Paris : Ecole des hautes études en sciences sociales.
- Dodier, Nicolas. (1993). «Les appuis conventionnels de l'action. Eléments de pragmatique sociologique». *Réseaux-CNET*, vol. 62.
- Latour, Bruno & Steve Woolgar (1995) *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza.
- Latour, Bruno (1983) «Give me a laboratory and I will raise the world», en K.Knorr-Cetina y M.Mulkay (eds.), *Science observed: perspective on the social study of science*. Londres: Sage, pp. 141-170
- Latour, Bruno (1991a) *Nunca fuimos modernos*, México, Siglo XXI.
- Latour, Bruno (1991b) «¿Qué es la fuerza de un argumento?», mimeo.
- Latour, Bruno (1992) *La ciencia en acción*, Barcelona, Labor.
- Latour, Bruno (1994) «Une sociologie sans objet? Remarques sur l'interobjectivité», *Sociologie du travail*, Vol.36, No.4, pp. 587-607.
- Latour, Bruno (2001a) *Pasteur. La guerre des microbes*, Paris, La Découverte.
- Latour, Bruno (2001b) *Irréductions*, Paris, La Découverte.
- Latour, Bruno (2008) *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial.
- Nachi, Mohamed (2006). *Introduction à la sociologie pragmatique* (Coll. Coursus-Sociologie, Gilles Ferréol (dir.)). Paris : Armand Colin.
- Thévenot, Laurent (2006). *L'action au pluriel. Sociologie des régimes d'engagement*, Paris : La Découverte.

